

WAKAS Y TEMBLORES: TERROR INDÍGENA EN LA GRAN REVUELTA ANDINA (1780-1783)

CARLOS GUILLERMO PÁRAMO
LIMA-BOGOTÁ: UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS-UNIVERSIDAD
NACIONAL DECOLOMBIA.
2023, 412 PÁGINAS.

CRISTÓBAL GNECCO
UNIVERSIDAD DEL CAUCA (UNICAUCA)
Colombia

Aceptado para publicación 23 de diciembre 2024

Otro libro deslumbrante de Carlos Páramo. Después de su obra sobre Lope de Aguirre, publicada en 2009, aparece esta sobre la revuelta andina liderada en los Andes del sur del Perú por José Gabriel Condorcanqui, más conocido como Túpac Amaru II, y en el altiplano de Bolivia por Julián Apaza, más conocido como Túpac Katari. Catorce años entre un libro y otro parecería un mundo, pero ese lapso muestra que sus libros son de cocción lenta: lejos de la escritura burocrática que campea en la academia (el afán de publicar más por los puntos que por el deseo de comunión) este libro es un bello ejemplo de que también los académicos podemos escribir bien, pausadamente, escogiendo cada palabra con cuidado, amorosamente —hay algo de cortejo en esa escogencia, claro, algo de seducción, algo de entrega y hospitalidad—, desentrañando (y relacionando) sus significados. La escritura, un parsimonioso acto de amor solitario (la sublimación de lo amado en los meandros que se van formando en la página), termina en este caso en el destino colectivo de la publicación, un destino que agradecemos sus lectorxs maravilladx.

La escritura es, o debería ser, un homenaje a la intertextualidad (una cadena interminable de interpretaciones, un mundo encantado que no tiene fin y, presumiblemente,

tampoco principio). Los libros que deben tanto a la intertextualidad, como este, no pueden no tener una relación comentada con la literatura que los precede y que los consti-tuyen y con la que establecen los términos del diálogo. Cómo hacer honor a la intertex-tualidad es una encrucijada. Carlos optó por largos pies de página, pero hubiera podido escoger otra forma para conversar con la literatura que lo precedió. Talento narrativo no le falta. Los pies de página son digresiones, en el mejor de los casos, o distracciones, en el peor. Hay otras opciones más agradables y divertidas.

También está la erudición, otra faceta (generalmente torcida) de la relación entre textos. La erudición puede tomar la forma común de cita innecesaria, pero presuntuosa, del escondite detrás de obras ajenas. La erudición de Carlos es otra cosa: una conversa-ción de relaciones en la que aparece la literatura (abunda la poesía), las crónicas, la músi-ca, la pintura. Es un viaje por los recodos más productivos de todo lo que vemos, leemos, oímos. El equipaje es variado, pero lo caracteriza un afán por la precisión (y la indaga-ción) semántica. Uno de los varios talentos de Carlos Páramo es la atención necesaria (por conectiva y amplificadora) a la filología y a la etimología que se traduce en una obsesión agradecida con el detalle analítico. Este libro está atravesado por esa atención —como su observación digresiva sobre la distinción entre mirada y el acto de mirar; sobre el signifi-cado de retrato, ambas a propósito del logo de Túpac Amaru II; sobre la diferencia entre miedo y terror— o la discusión, generosamente relacionada, de los conceptos/mundos que componen el entramado del análisis, sobre todo desde la cosmología andina, pero también (aunque subsidiariamente) desde la cosmología de Occidente. O los hilos de rela-ciones que llevan de Túpac Amaru —bueno, de su memoria, de su revuelta— a Santiago, Francisco e Isidro (amarus) y a las wak'as en un arco geográfico amplio que no es más que un mundo cultural compartido.

Este libro trata con una revuelta en los Andes del Perú y sus efectos, sobre todo el terror. Revuelta, pero no levantamiento, ni rebelión, ni asonada (todos términos de una concepción del mundo bien ajena a los designios posibles del mundo andino); revuelta (o devuelta o la “vuelta de una vuelta”) porque lo que el libro interpreta es un *pachacuti* (otro más, sólo que esta vez puesto en marcha por ese pueblo que ya había sufrido el de la conquista) en el que las wak'as fueron la fuerza principal y que buscaba la restauración del equilibrio perdido. Amaru y Katari fueron agentes de fuerzas mucho más amplias que ellos mismos, aunque también fueron *illas* (wak'as) que terminaron siendo sacrifica-das. Y en ese sacrificio, la muerte que da vida, su lugar en la memoria se magnifica hasta hoy; ese sacrificio (el brutal desmembramiento de sus cuerpos y de su significado que las autoridades coloniales redujeron, torpemente, a lo político) está inscrito en la circulari-dad temporal andina de manera que no están muertos, sino vivos. No son historia, sino memoria. Los dos Túpac, en fin, fueron personas/conceptos (“una idea que entrañaba y todavía entraña un *cosmos*” p. 112) que restauraban “el orden profundo de la vida, perdido desde hacía dos siglos y medio”, (p. 91) mediante una “devolución, regreso al tiempo/es-



pacio de los de adelante”. La revuelta fue “la vuelta, el inminente retorno del inca” (ibid). La revuelta, pues, fue el *inkarri* —Túpac Amaru fue “y acaso siga siendo el encuentro del tronco y la cabeza de Inkarrí que trae *enqa* con *pachacuti* al tiempo que es la enyuntada de los amarus”—.

Este no es un libro histórico, sino antropológico. No es historia al uso —acontecimientos, fechas, protagonistas, contexto (regional, nacional global), consecuencias—, sino interpretación cultural. La diferencia entre un libro histórico y este libro antropológico es que el primero consagra la visión de los blancos, mientras este acude a la visión de los vencidos). Por eso la protagonista principal de esta interpretación es la cosmología andina. Aquí concurren *wak'as* (“entes tutelares que organizan el mundo”, pero también “lugares sagrados de expresión del poder de la Tierra”), *enqa* (“la armonía del cosmos, el equilibrio del mundo”), *kallpa* (“fuerza transformadora o genitiva”), *tinku* (encuentro, “producto de fuerzas opuestas”, “corrientes de fuerza que, simultáneamente, convergen y divergen”), *amaru* (la sierpe mediadora luminosa, “fuerza en movimiento que transforma, que da vuelta”), *k'uychi* (aro-iris, “prolongación de una *wak'a*”), *camaquen* (“el espíritu de los antepasados”), *yawar mayu* (“fuerza transparente acumulada que se desborda devastando el mundo establecido”), *mallku* (“la semilla y el retoño”, “el antepasado sagrado”), *illapa* (“rayo-trueno-relámpago propiciador del equilibrio”). Esas cosas-conceptos explican que los dos Túpac no fueron (ni son) para los indocampesinos andinos personas, sino conceptos que encarnaron en un acontecimiento que ya había ocurrido y que habría de ocurrir.

La revuelta fue “una revuelta de *wak'as* presidida por dos hombres *wak'a* enyuntados”. El logo-retrato de Amaru creado en la época de Velasco y que Carlos discute al principio del libro tampoco es de un personaje histórico, “sino de un concepto: *enqa*, que es una forma de *wak'a* y denomina el principio y el agente propiciador del orden y la proliferación de la vida” (p. 47). Lo que expresaba el retrato, y la razón de su recepción generalizada, era un mundo. Y lo que significó la revuelta, y aún significa en el mundo andino, es la revuelta de las *wak'as*. Los dos Túpac no fueron seguidos por miles de indocampesinos por su carisma o su capacidad militar, sino por su encarnación (que los trascendía) de las fuerzas destructivas y constitutivas de las *wak'as*. Lo que la interpretación antropológica de Carlos hace es la restauración del mito — eso considerado residual, premoderno, opaco—, su revuelta al lugar fundacional de la memoria, tomando en serio “los móviles profundos de los otros”.

La introducción del libro es más que una introducción: es la vinculación del pasado con el presente para mostrar los usos y los sentidos actuales de la revuelta y de su líder principal. Los usos son más bien conocidos y reflejan la manera como un mundo engulle a otro. Como en México, país con el que comparte tantos usos de la historia, en el Perú blanco de la segunda mitad del siglo XX —no mestizo, sino blanco, para precisar el horror marcante de la jerarquía racial— ocurren cosas tan extrañas, pero predecibles,

como la invocación liberal de un agitador que decía ser descendiente de los incas, pero vaciado de cualquier sentido ancestral. Por una de esas numerosas magias de los recursos históricos Túpac Amaru II vino a significar el nacimiento de un nuevo Perú (blanco, desarrollado, capitalista), no la vuelta atrás hacia adelante prometida por el *inkarri*, el “inca renacido que, como *mallku*, retoñará, brotando del mundo de los muertos” (p. 345). La campaña presidencial del neoliberal Alejandro Toledo en 2000 estuvo marcada por el uso de parafernalia incaica y andina —música, atuendos, rituales, alusiones históricas y genealógicas—. Toledo se comparó con Pachacuti (como Haya de la Torre décadas atrás) y tomó posesión de su cargo en Machu Picchu. Y, si a eso vamos, Leguía se hacía llamar Wiracocha. Los incas dan para todo.

Los sentidos, en cambio, son otra cosa y a ellos está dedicado el grueso del libro y son explorados en cinco capítulos: terror, tremor, fuerza, trueno, odio. El terror “como fuerza, como energía” y, sobre todo, como restauración del equilibrio. Aquí la contemplación de la violencia que llama a la violencia no equivale al análisis del terror desatado por las autoridades coloniales contra los levantados como una respuesta racional (legal y religiosa) a la brutalidad irracional del terror primitivo. El argumento de Carlos es que mientras “el terror ‘blanco’ obedeció a una lógica de Estado” el terror de los insurrectos “operaba de acuerdo con un universo distinto... en el que no era solo la gente, sino el mundo mismo el que se levantaba con furia contra los promotores del caos; era, en consecuencia, un terror explícitamente sagrado” (p. 83). Ese terror fue “una forma de apropiación de la fuerza inefable de la Tierra” y no fue tan poderoso y transformador porque viniera de los indocampesinos levantados (y ubicados por los blancos en el escalafón de la barbaridad primitiva), sino de las *wak’as*. En el mundo andino “lo que le pasa a la Tierra le pasa a la gente y viceversa; por lo que cuando la gente se *rebot*a lo mismo hace la Tierra y al revés... Cuando el mundo se sacude produce terror” (p. 86).

Más que sobre cualquier otro asunto, este libro es sobre la memoria. Sobre lo que ella comporta, significa, construye. Para lxs desheredadxs la reconstitución de su mundo perdido es todavía un sueño. La historia que va de la sublevación de Manco Inca y Túpac Amaru al Taki Unquy, de José Gabriel Condorcanqui a Juan Santos Atahualpa, es la historia de la lucha por la restitución del mundo como era hasta que inició el *pachacuti* desencadenado por los españoles. Esa memoria es custodiada en “queros, cuadros, cantos, mantas, bailes, fiestas, toritos” (p. 343) elementos visibles, pero no inteligibles, salvo en una interpretación sensible como esta.

La memoria es un lugar de refugio que sólo puede entenderse desde la cosmología que la creó. Este libro recrea memorias legítimas (posibles, las llama Carlos) que son consideradas, rutinariamente, “como forzadas o esencialistas”, cuando no disparatadas y supersticiosas. ¿A quién se le ocurriría creer, con un toque de realidad, que el inca desmembrado habría de recomponerse y dar la vuelta, encarnado en un indocampesino de



Tinta o de Charcas? Así como el “inkarri es un dios latente”, así la memoria no es historia (un asunto del pasado), sino la imaginación de lo que puede pasar. Un párrafo resume este libro, el significado profundo, ontológico de Túpac Amaru:

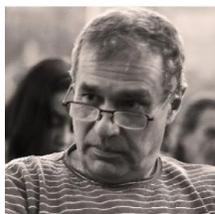
que como concita a las fuerzas de la Vida (*kallpa, kamaq*) también puede traer destrucción y *pachacuti*; un ser *wak'a* que ejecuta el llamado de las *wak'as* a devolver el enqa que es justo eso, totalidad y equilibrio... el retorno de lo *wak'a*, eso fundamental que hoy en día los pueblos amerindios llaman Ley de Origen y que ordena el Mundo en todas sus dimensiones. (Páramo, 2024, p 272)

La memoria es fuerza —*kallpa*, “la potencia que permite” su ejercicio pleno—, como las *wak'as* que, vaya circularidad fascinante, son lugares de memoria.

Cristóbal Gnecco

<https://orcid.org/0000-0002-2405-5888>

gnecco@gmail.com



Es Profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca, donde trabaja sobre economía política de la arqueología, geopolíticas del conocimiento, discursos sobre la alteridad y etnografías del patrimonio. Dirige actualmente el Doctorado en Antropología de la misma universidad y fue editor de la Revista Arqueología Sudamericana, además de traductor de numerosos títulos de renombre en la antropología. Recientemente editó *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)* (Universidad del Cauca, Popayán, 2023); junto a Carina Jofré, *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica* (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2022) y con Mario Rufer el libro *El tiempo de las ruinas* (Editorial de la Universidad de los Andes, Bogotá, 2023). Actualmente tiene en curso dos proyectos de investigación, ambos relacionados con los efectos de los procesos de patrimonialización: *Qhapaq Ñan, una etnografía postarqueológica* y *Sentidos patrimoniales y luchas semióticas alrededor de las misiones jesuíticas-guaraníes*. Es miembro fundador de la Red de Información y Discusión en Arqueología y Patrimonio (RIDAP), fundador y editor responsable de *Memorias Disidentes: Revista de estudios críticos del patrimonio, archivos y memorias*.

